



(Foto: Enrique Rojas)

Oleo de Alfredo Zalce que se encuentra en El Colegio Nacional.

## HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR IGNACIO CHAVEZ\*

Dr. Ramón de la Fuente\*\*

Nos encontramos reunidos aquí, al amparo de estos muros venerables, para rendir homenaje a la memoria del doctor Ignacio Chávez al cumplirse dos años de su muerte. Se me ha hecho el honroso encargo de evocar su presencia. El tiempo transcurrido me permite tener ahora una imagen más clara del significado de su vida y de su obra.

Comenzaré por decir que cuando Ignacio Chávez hizo su entrada en la escena pública en la tercera década de este siglo, nuestro país pugnaba por definir su identidad y había llegado el momento propicio para que los mejores

espíritus expresaran potencialidades creativas que habían permanecido latentes. Hombres como Antonio Caso, Carlos Chávez, Alfonso Reyes, José Clemente Orozco e Ignacio Chávez, escribieron, cada uno de ellos en su propia lengua, vibrantes páginas de nuestra historia contemporánea.

Conocí a Ignacio Chávez cuando era ya un maestro cuya reputación trasponía nuestras fronteras y tuve la gran fortuna de que a lo largo de muchos años, me distinguiera con su amistad y me permitiera apreciar de cerca lo más notable de su carácter monolítico.

El maestro Chávez fue un hombre de estatura intelectual y moral fuera de lo común. Su atractivo radicaba, en parte, en la penetración de sus juicios y en su forma lúcida

\* Texto leído en el homenaje al doctor Ignacio Chávez en El Colegio Nacional, México, D. F., 13 de julio de 1981.

\*\* Miembro de El Colegio Nacional.

da y directa de analizar problemas y proponer soluciones. Era fascinante escucharle cuando desplegaba sus argumentos con un orden estricto y una lógica impecable, envueltos en un lenguaje tan firme y tan pulido como el mármol.

No menos atrayente que su inteligencia poderosa, era el aspecto humano de su personalidad: cálido y persistente en sus afectos, compasivo ante el dolor e imperturbable en las situaciones más adversas.

Su gran poder de persuasión dimanaba no sólo de la claridad de su pensamiento, sino del vigor que adquieren las palabras cuando alguien las dice comprometido con ellas en forma ilimitada.

Se ha dicho, y no sin razón, que era un hombre intransigente. Yo diría más, la intransigencia estaba en la raíz de su carácter en cuanto a que nunca cedió ante quienes simulaban ser poseedores de la verdad, no transigió con esa clase de personas que por negligencia piensan que las cosas están bien como están ni fue tolerante con quienes sacrifican sus convicciones al logro de ventajas personales. Su pasión por la justicia le ocasionó no pocos conflictos. Por lo demás, diría que fue un hombre comprensivo y sumamente generoso.

Ciertamente tuvo mucha autoridad, posiblemente más que ningún otro científico de su generación; pero su autoridad no fue la que deriva de la cercanía con el poder, tampoco fue la que se impone, sino más bien la que es conferida por los demás; la que irradia quien conjuga en su persona, sabiduría, serenidad en el juicio y fortaleza moral.

Tuvo muchos adeptos y, sobre todo, amigos devotos, no sólo entre colegas y discípulos sino entre personalidades destacadas en campos de trabajo muy distintos al suyo: poetas, escritores, científicos y artistas. Tuvo también, como debe ser, algunos enemigos.

Su vida familiar fue rica por el amor que él inspiraba a los suyos y sabía recibir de ellos. Siempre tuvo tiempo y lugar para sus parientes y para sus amigos y nunca se olvidó de quienes en momentos de prueba le demostraron su adhesión.

Releyendo sus discursos, que son una especie de autobiografía ideológica, se advierte en ellos, una y otra vez, su fe en la eficacia de la razón cuando se conjuga con el amor, y su convicción de que la libertad es el valor supremo si no se pierde de vista que la libertad ajena no es menos importante que la propia.

Uno encuentra que sus palabras de juventud se mantienen vivas y se enriquecen y ramifican con el paso del tiempo, lo cual habla de un hombre que definió tempranamente su vocación en el sentido de la clase de hombre que quería ser, y que se ha asignado a sí mismo una tarea vital.

En algún lugar de su mente, había un espacio que alguna vez había sido ocupado por Dios y que él llenó de amor a la humanidad y de desdén por la fuerza.

La obra de Ignacio Chávez tiene múltiples facetas: fue clínico, educador, renovador y creador de instituciones. Sus lecciones inolvidables trajeron a su lado a compañeros distinguidos y a discípulos brillantes y suscitó numerosas vocaciones. Reformador de instituciones, dejó a su paso por ellas su huella renovadora, lo mismo en el Hospital General, en donde fundó la carrera de médico de hospital, que en la Escuela de Medicina, en donde transformó a fondo la enseñanza.

Al maestro Chávez le asediaba la idea de que la investigación científica y la enseñanza de la especialidad a la que él dedicaba su vida, podían estar en nuestro país a la altura de las mejores del mundo. Pensó que era necesario atraer a grandes científicos y dotarlos de los medios de trabajo apropiados. Entre estos científicos sólo men-

cionaré a Isaac Costero, quien impulsó el desarrollo de la medicina a través de la confirmación anatomoclínica de los diagnósticos; a Arturo Rosenbluth, miembro de este Colegio, quien hizo contribuciones importantes en la fisiología del corazón y a Rafael Méndez, quien ha hecho aportaciones originales en el campo de la farmacología. Puede decirse que este paso fue decisivo para que se abriera en nuestro medio el camino para el desarrollo de la investigación médica y clínica en sus ramas fundamentales.

Cuando en 1944, abrió sus puertas el primer Instituto de Cardiología en el mundo, presentó a las naciones una imagen inesperada de México. Conjuntando la asistencia hospitalaria, la enseñanza y la investigación, se había elevado la cardiología a niveles de excelencia. Fue emocionante que nuestro país alcanzara el liderazgo mundial en un campo de la medicina y señalara a otros más avanzados el camino a seguir. La reputación del Instituto de Cardiología llegó a ser muy grande. A juicio de cardiólogos muy eminentes, con él se inició una nueva etapa en la historia de la Cardiología. Al Instituto acudieron entonces jóvenes médicos de todo el mundo en busca de una formación integral y de la técnica más avanzada. El maestro Chávez reconoció que esta obra magna no habría sido posible sin la contribución de otros, con quienes tenía contraída una deuda.

Cabe decir que el desarrollo de la investigación médica en nuestro país ha requerido que algunos sacrifiquen su vocación de investigadores para crear las condiciones que la hacen posible: Ignacio Chávez fue uno de ellos. Sabía que quien hace avanzar el conocimiento es aquel que estando dotado de curiosidad y de la inquietud para satisfacerla, puede además dedicar todo su tiempo a la tarea. El doctor Chávez creó y mantuvo la atmósfera intelectual y los medios materiales para que un grupo de investigadores pudiera dedicarse al arduo trabajo de la investigación experimental.

La influencia del Instituto de Cardiología y de los otros institutos y hospitales que pronto siguieron el camino trazado por aquél, fue decisiva para elevar los niveles de la enseñanza y del ejercicio de la medicina en nuestro país. Ligadas a este desarrollo hay otras instituciones y otros nombres ilustres.

La actividad creativa del doctor Chávez irrumpió en un momento en que la medicina en su totalidad experimentaba una transformación profunda. La vertiginosa expansión de los conocimientos ocasionó que ya nadie pudiera conocer la totalidad de éstos, e hizo inevitable la separación del trabajo del médico en especialidades.

Al maestro Chávez le preocupaba que estando los especialistas absorbidos por la necesidad de mantenerse a la vanguardia de un campo circunscrito y siendo los responsables de implementar los avances en las técnicas del diagnóstico y del tratamiento, podrían sufrir una gran limitación de sus intereses; temió que su visión pudiera volverse tubular y así perder de vista a la persona enferma como una totalidad. "La forma de confrontar este peligro", dijo, "es conjuntar a la ciencia con el humanismo". Pensó que la ciencia, siendo el alma misma de la medicina, es sólo una vertiente en la formación y en la vida del médico y que la vocación y la dedicación a la causa general de lograr una vida mejor para todos, son también esenciales. "Si la ciencia", dijo, "no es complementada con otras actividades del espíritu, se podrá ser un buen técnico, pero nunca un buen médico".

Hay un punto que considero oportuno mencionar, porque a él se refirió el doctor Chávez en esta misma tribuna hace algunos años, en su discurso de bienvenida a nuevos miembros, entre quienes tuve el honor de encontrar-

me. Algo de lo que señaló en aquella ocasión puede decirse también hoy en día. "Si en la formación de los médicos se descuidan los valores académicos en favor de un pragmatismo impuesto por conveniencias inmediatas, el defecto en la enseñanza obstruirá el interés en la investigación y tendrá al final un efecto corrosivo en la práctica de la medicina".

Hoy se critica en forma áspera a la medicina y se dice "que la medicina es demasiado importante para confiarla a los médicos". Es una suerte que en la estructura misma de la medicina estén contruidos los mecanismos que obligan al autoanálisis y a la crítica. A través de medio siglo de vida médica, el doctor Chávez practicó ese autoanálisis y esa crítica y cuando fue necesario lo hizo en forma demoledora. Pero siempre tuvo presente que no obstante sus limitaciones, la medicina es una disciplina intelectual que atrae a algunas de las personas más objetivas, más reflexivas, más responsables y también más humanas. Nunca pensó que para defender a los enfermos fuera necesario lesionar la dignidad de los médicos.

Desde 1961, en tiempos difíciles, el doctor Chávez se vio más envuelto en tareas universitarias. Rector de la Universidad Nacional, planteó con lucidez los problemas de la educación superior y sus opiniones influyeron en forma decisiva en los caminos que después se siguieron para contender con ellos. Vio reflejados en la Universidad como en un espejo, los problemas del país.

"Veo la Universidad del mañana, no como una fábrica de profesionales y de técnicos para sostener la maquinaria que fabrica riqueza, no para dar forzosos a la sociedad de consumo. La concibo como un gran laboratorio de hombres, con toda la dignidad del término. Capacitados, sí, para el trabajo técnico, pero también para el cultivo del espíritu, imbuidos del respeto a la verdad y a la justicia, noblemente dispuestos a brindar ayuda, hombres en quienes la formación intelectual se equipare con la sólida vertebración moral y la conciencia clara de sus deberes sociales".

"Debemos convencernos de que no hay enseñanza que se renueve sin investigación que la fecunde; de que no hay universidad que lo sea si sólo es repetidora de doctrinas ajenas y no creadora de nuestras verdades". Y más

adelante, "Si México ha de contar un día en el mundo del pensamiento, no ha de ser por la ciencia que importe, ni siquiera por la cultura que asimile. Ha de ser por la que produzca, por lo que cree, por el acento original que ponga en el concierto de las ideas".

Ignacio Chávez murió a los 82 años sin haber sido un viejo. Unas semanas antes del accidente que precipitó su última enfermedad conservaba toda su lucidez, toda su capacidad de observación y su curiosidad inagotable. Era claro que sus posibilidades de producir no se habían agotado. Es por esto que muchos sentimos que se había ido de entre nosotros prematuramente.

Durante su larga vida profesional, Ignacio Chávez recibió muchos honores, no sólo todos los que el país confiere, sino el mayor número de doctorados *Honoris Causa* y preseas otorgadas por otros países, que haya jamás recibido un científico mexicano. Después de su muerte, México le ha hecho los homenajes que reserva para aquellos de sus hijos que han contribuido a engrandecerlo en forma extraordinaria.

El maestro Chávez fue un hombre que tuvo fe en México y puso a su servicio su energía y su talento; pugnó siempre por lo mejor y no se satisfizo con menos, y supo remover los obstáculos que encontraba en su camino para dejar al descubierto nuevos enfoques y posibilidades.

En él se dio en forma excepcional la conjunción del ideólogo y del hombre de acción; del científico y del humanista. Fue un hombre que pensó que las acciones individuales sólo adquieren su verdadera dimensión cuando se encauzan al logro de las grandes metas colectivas y que sólo quienes se elevan por sus propios méritos, merecen guiar a los demás. Con su ejemplo inspiró a otros a creer que es posible convertir los ideales utópicos en realidades magníficas.

La nobleza y la generosidad de su espíritu se reflejan en estas palabras suyas pronunciadas poco antes de su muerte: "A pesar de todo lo que he visto, aún creo en el hombre y en su bondad innata. Pienso que si a veces falla, es por acción del medio, que corrompe a los débiles, o por la dura crisis del tiempo, que puede aplastar aún a los más fuertes".